

—¿Para qué? Háblame de tu viaje y de lo que pasa allá abajo, ¿están buenos?

—Sí; pero en adelante no me vuelvas á enviar,—dijo Rosa con mucha viveza,—pues creo que es inútil.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que no nos quieren, y vale más, madre, que en adelante no nos separemos. Es preferible para todos.

Contestó Rosa y contempló con cariñosa mirada el rostro demacrado de la enferma...

Conservaba ésta aun los rasgos característicos de la normanda esbelta y guapa, rasgos que no habían desaparecido ni con la madurez de los años ni con los disgustos y pesares.

—Quiero dejarte dormir, madre,—añadió Rosa,—y es preciso además, que me levante muy temprano para bajar al Mercado. Así no te cansarás, porque ya estoy aquí.

Teresa no permitió que su hija se alejase, porque tenía necesidad de que estuviese á su lado para verla y acariciarla.

—No, no te marches,—la dijo;—háblame aunque sólo sea un momento; el oírte me cura y estoy tan contenta por tenerte á mi lado...

Contó á su madre lo que más la había impresionado acerca del estado de la casa, el desarreglo de todo, la odiosa indiferencia de Godin para con ella, ó mejor, su desprecio y su odio.

—Había pensado no decirte nada para

ahorrarte un disgusto,—dijo al terminar,—soy fuerte y puedo resistirlo todo, pero eso, ¡nunca! En adelante no quiero separarme de tí y el abuelo puede morirse cuando se le antoje.

—¡Rosa!

—No, no seré yo quien vuelva allí para presenciar esas escenas; bebe hasta emborracharse y quédase como un bruto para tenderse luego en las zanjas al sol; ¡es el ludibrio de todos los chicos y la vergüenza nuestra!

—¡Hija, por Dios!

—Es la verdad lo que digo, y estoy segura de que el día menos pensado vienen á contarnos que le mató un coche estando durmiendo enroscado como una oruga en la orilla de un camino.

—¡Ah! ¡Rosa! ¡Rosa!

—Hago muy mal en pensar así, lo comprendo, mas aquel espectáculo indigna á cualquiera, es humillante y no me gusta tener que bajar la cabeza ante nadie.

—¿Qué es lo que te pasa? Nunca te vi de esa manera, hija mía,—contestóla Teresa con mucha dulzura.

—Nada, no me pasa nada,—respondió la joven.

Dominóse, recobró alguna tranquilidad y contó á su madre lo que había visto en Touque, hablándola de Morville, de los señores de Kerhoët, que se mostraban muy atentos y cariñosos con ella, y de la felicidad de que hubiesen podido disfrutar, á querer su

abuelo ocuparse de su casa y de las tierras que poseía.

—¡Necesitamos muy poco para vivir, si vieses qué rocas más hermosas hay allí en todas partes! ¿Qué es lo que le hiciste á tu padre para que se muestre tan poco cariñoso contigo? ¿Qué le pasa que no puede querer á sus hijas? ¡Y pensar que tú eres tan buena y que te tratan de ese modo!

Acaricióla durante un minuto con acendrada ternura como si así quisiese hacerla olvidar sus pesares y luego la preguntó por sus amigos.

—¿Y Raguenel?—dijo.

—Vino con mucha frecuencia á preguntarme por tí. Ese muchacho está enamorado de tí, no lo puede ocultar, ¿te habló alguna vez de casamiento?

—Nunca.

—¿Es de veras?

—Te lo aseguro.

—Lo siento, porque sería un buen partido.

—Demasiado bueno para mí. Su madre tiene fincas en Argenteuil, y además mucho dinero. Esto no lo ignoras, es rica y nosotras pobres, ¡y las ventas van de mal en peor!

—Sí, pero en cambio eres joven y hermosa.

—¿Lo crees así? Y aun cuando así fuese, ¿te figuras que nos servirá de algo?

—No sabes cuán contenta me pondría si te viese casada y bien casada, ¡es tan triste vivir sola! Así viví yo durante diez años y creí morirme.

—¿No te tengo á mi lado, madre?

—¿Quién lo duda? ¿Y cuando yo falte, qué será de tí?

—¡Cállate, por Dios, que esas son cosas de que no se debe hablar!

—La verdad es que no me encuentro muy bien de salud.

—Exageras, descansa unos días y verás como te repones.

—No lo creo,—contestó Teresa empañándosela los ojos de lágrimas,—me parece que marchó... aunque muy despacio; tengo muchas pesadumbres y siento irme por tí.

—¿Qué ideas se te meten á veces en la cabeza!

Dijo la joven con pena estas palabras y quiso cambiar de conversación para distraer á su madre.

—¿No sabes,—dijo,—que antes de subir he visto á Meraud en la calle?

—¡Siempre ese hombre!

—Sí, á Nicolás, á la cuenta salía del café, y Vicente también lo conoció.

—¿Estaba Ladurin contigo?

—Sí, le encontré en la estación á donde fue á esperar á un hermano suyo que viene de la tierra y me sirvió de guardia de corps y puedo decir que pocos hay tan buenos.

Para no inquietar á su madre no quiso decirle nada de lo ocurrido en la calle de Amsterdam.

—Ahí tenéis uno que si yo quisiese se casaría conmigo aunque no tengo dote,—dijo.—Nos estableceríamos y tú vendrías con

nosotros, lo mismo que Anita. En el fondo me ama mucho y es un buen muchacho.

— Es cierto, ¿y tú estás conforme? ¿En quién piensas?

— En nadie; tengo tiempo de pensarlo más adelante. Hasta luego, madre, buenas noches.

Púsose en pie Rosa al decir estas palabras.

A Teresa asediábale una idea.

— ¿No dices que Meraud está en la puerta? — preguntó.

— Sí.

— Pues no salía del café, sino de aquí, de esta casa, á donde viene con mucha frecuencia de algún tiempo á esta parte.

— ¿A visitar á alguien?

— Sí, á los porteros, y también suele subir á casa de Florencia.

— ¿A casa de la señorita Carpiquel? ¿A qué? ¿Una solterona tan arrugada y seca como una pasa! ¿Qué me importa á mí? ¿Duerme y déjalos!

Besó por última vez á su madre, contempló á Anita que dormía con los brazos abiertos y la boca, con el sueño profundo y tranquilo de la adolescencia, y se metió en su cuarto.

Teresa se quedó muy pensativa, preguntándose qué clase de asuntos tenían Nicolás Meraud y Florencia Carpiquel.

La señorita Carpiquel era una mujer que vivía de sus rentas y habitaba en la misma casa, pero en un cuarto mucho mejor, que

tenía vistas á la calle, y desde una de las ventanas que daban al patio enterábase de cuanto pasaba en casa de Teresa Godin.

Las Godin, madre é hija, no podían asomarse ni una sola vez al patio de la casa; patio estrecho y profundo como un pozo, sin ver á la rentista en su puesto como una lechuga posada en una pared.

Respecto al pasado de la señorita Carpiquel permanecía envuelto en la mayor obscuridad, y nadie tenía sobre ese punto el menor dato, siendo la opinión más generalizada la que sostenían los porteros. Decían éstos que la señorita Carpiquel debía haber estado de doncella en una buena casa, y que á la sazón se sostenía con lo que la producían sus ahorros.

Tenia la costumbre de no abordar nunca de frente los asuntos, sino al soslayo, tocándolos, por así decirlo, con la punta del dedo, con la prudencia y delicadeza de la enfermera que está curando una llaga en carne viva.

En el Mercado conocíanla todos los vendedores de ambos sexos, porque no andaba con remilgos, escogiendo siempre los mejores manjares, que nunca pagaba más de lo que creía justo, y en cambio prestaba algunos servicios á las vendedoras, sobre todo á las jóvenes, dándolas consejos acerca de su tocado, cortando en caso de necesidad los cuerpos ó abrigos de sus favoritas, siendo indudable que poseía raras habilidades como modista.

Vestía, sin embargo, con una extremada sencillez, como una viejecita que quisiese pasar completamente desapercibida sin destacarse por ningún detalle de su tocado.

En broma decíanla muchas veces las vendedoras:

—¡Acordáos de mí en vuestro testamento!

—¡Bah! No dejaré de pasar mis apuros para dejar lo que tengo, porque hasta ahora no conozco á ningún heredero.

Al pensar Teresa en Meraud, que rondaba la casa, acordábase también de la señorita de Carpiquel y desconfiaba de ambos.

¿Por qué? No podía decirlo á punto fijo, pero aquel espionaje tan continuado la irritaba, y además temía todo por Rosa.

—¡Ah!—exclamó durante uno de sus accesos de fiebre.—¡Si tuviese la audacia de acercarse, la mataría como á un perro!

A pesar de lo avanzado de la hora, del cansancio del viaje, Rosa no había podido tampoco conciliar el sueño.

No podía olvidar el carruaje en que la acompañaron á la estación de Trouville, las palabras amistosas, casi cariñosas, que la dijera Kerhoët y Marta, las miradas que al momento de marchar el tren la dirigieron dos caballeros elegantemente vestidos que se detuvieron para verla pasar.

La mujer, por muy modesta que sea, comprende siempre cual es la naturaleza de los sentimientos que inspira.

El sol iluminaba con sus rayos esplendrosos el bosque de chimeneas que se elevaba

sobre los techos de la casa en que vivía Florencia Carpiquel.

Rosa no empleó mucho tiempo en su tocado, y en dos minutos estaba peinada, vestida y en disposición de salir á la calle.

Iba casi á terminar la subasta cuando llegó al Mercado, con la cabeza casi descubierta bajo su linda cofia blanca, y el pelo recogido en gruesas trenzas y rizándose sobre la frente y la nuca, su sencillo traje negro, que modelaba su cuerpo de estatua y su delantal blanco como el ampo de la nieve.

Terminó la subasta de los pescados de mucho precio, y á los lenguados y á los rodaballos de lechosa carne siguieron los salmones de azulado lomo cincelado como una cota de malla, los barbos ó las tencas, y los cientos de peces de río, y el sofocado voceador, sin abandonar ni un momento su tarea, lanzaba con voz estridente la última cifra de las pujas al grupo de vendedoras que le escuchaban sin perderle de vista.

Al ver entrar á Rosa tuvo tiempo para enviarla una sonrisa entre dos pujas y preguntas á las que la joven respondió con una mirada ó un signo afirmativo.

—¿Fué bien el viaje? ¡A veinticinco francos los barbos! ¡á veintiséis cincuenta! ¡Y madre, cómo sigue? ¡A veintisiete! ¡á veintisiete cincuenta! ¡á veintiocho!... ¿Quién da más? ¡Adjudicado!

Las pescaderas más antiguas habían conocido á Rosa cuando ésta era niña, pues á los diez años andaba cosida á las faldas por el

Mercado del mismo modo que lo hacía á la sazón Anita, y la consideraban como á hija del Mercado, y entre las más viejas, algunas la besaron en las mejillas con mucho cariño. Dos de sus amigas que ocupaban puestos inmediatos al suyo dijéronla al oído:

—La señorita Carpiquel vino dos veces á buscarte.

—¿Cuándo?

—Hace unos tres días.

—¿Qué me quería?

—No nos dijo nada; volverá probablemente.

—Está bien.

Llegó el turno en la subasta á las anguilas, peces de río, carpas, y después de estas á los cangrejos.

Por lo general era Teresa la que bajaba á la puja, y su hija se quedaba luego en el Mercado para la venta, y ese día, Clara, la revendedora de Meraud, disputó con encarnizamiento todos los lotes á su rival, y al ver semejante obstinación dijérase que durante la ausencia de ésta había jurado su pérdida y deseaba quitarle la parroquia.

Rosa hizola frente comprendiendo que la hostilidad iba en aumento.

—¿A dónde iremos á parar si antes de llevar los géneros al puesto hay que hacer aquí esta guerra pagándolos á lo que luego no los quiere pagar nadie?

Animáronla mucho las pruebas de amistad con que la recibieron, lo mismo que si volviese de un largo viaje.

Un chicuelo que pasaba la mayor parte del día dando vueltas por las calles del Mercado y que era hijo de una vendedora de recobería, viuda de un empleado de la Prefectura, que murió muy joven y sin dejarla un franco, se acercó á Rosa agarrándose á sus faldas y diciéndola con ese tono empalagoso propio de los chiquillos demasiado mimados.

—¿Dónde te habías metido, rubia? ¡Dime dónde te escondías!

Y esto diciendo arrimábase al delantal de la joven haciéndola caricias como un gatito; era una preciosa criatura con su cabello rubio rizado, su tez pálida ligeramente curvada, el cutis fino y rojos labios. Llamábanle Claudin porque su madre se llamaba Claudia, y entre las vendedoras y concurrentes al Mercado nadie le conocía con otro nombre ni se inquietaba por averiguar si tenía otro.

—¿Qué bien huelen tus bolsillos!—dijo el niño metiendo las narices en ellos.—Dame de lo que tienes aquí!

Metió Rosa la mano en uno de ellos y sacó una bolsita de seda llena de bombones y caramelos que le regalara Jorge de Kerhoët.

—Toma y márchate, que ahora tengo mucho que hacer,—le dijo.

Empezó á comérselos el chiquitín, guardando unos cuantos para su madre.

—Son muy ricos y tú también,—dijo,—y te quiero más que á todos.

Se escurrió por entre las faldas de las vendedoras, y se marchó á contemplar los grandes pescados y los montones de langostas.

Los mozos de cordel, que con la mayor facilidad habíanle podido aplastar bajo sus zapatones, no se atrevían á tocar al niño, tan delicado y débil era, y no debe extrañar que obrasen así, porque esos auvernieses de cuadrados hombros y tan forzudos, tienen delicadezas de mujer para los seres débiles, á los que protejen con todas sus fuerzas.

Instalóse Rosa en su puesto, y al poco rato de hallarse entre las fuentes y pilas en que pululaban las anguilas y las tencas, vió de lejos á la señorita Carpiquel que se acercaba haciendo sus estaciones ante los otros puestos, diciendo alguna que otra palabra con voz atiplada, y su humildad de mujer sola que teme molestar á los vendedores para que la faciliten su modesta compra.

Contempló la solterona á los pobres animales que se movían lentamente medio asfixiados por el calor que se hacía sentir con fuerza desde por la mañana.

—¿No queréis hoy nada, señorita Florencia?—preguntó la vendedora.

—No, gracias, señora Brejot, necesito y gasto tan poco, que me da vergüenza bajar á la plaza para una compra tan mezquina.

—¿Qué buena sois, señorita Carpiquel!

—¡Calláos!—dijo Clara en voz baja.—¡Es una avara! Dicen que en su casa hay un cuarto lleno de napoleones, y no tiene criada. ¡Para mucho la servirá ese dinero en el otro mundo!

—No hay otro mundo,—dijo una librepensadora.

La solterona volvióse un momento hacia los salmones, lenguados y rodaballos, y señalándolos con el dedo:

—¡Qué alhajas!—exclamó para halagar á la señora Brejot.

Siguió andando y llegó al puesto de las Godin, deteniéndose ante una pila en la que se movían algunos enormes cangrejos.

—Son magníficos,—dijo señalándolos.

—Los pequeños tienen la carne más fina, ¿queréis que os ponga algunos?

Vaciló un momento la señorita Carpiquel y después dijo que no podía entretenerse.

—Os habréis levantado muy temprano,—observó Rosa.

—Vengo de misa, estuve en Saint-Merry. Hay en esa iglesia un Vicario que me es muy simpático, el señor Verduron, un hombre muy respetable.

Según afirmó Florencia, se entregaba con exceso á la devoción, pero que era un consuelo muy grande para las mujeres que viven solas y mucho mejor aún cuando se hacen viejas, y hablando de estas y otras cosas llegó dando rodeos á su objeto, lo mismo que un colegial que al salir de la escuela sigue el camino más largo.

—¿Estuvisteis fuera, amiga mía?—preguntó.

—Sí.

—¿En casa de vuestro abuelo señor Godin?

—Sí.

—¿Qué es de él?

—Nada bueno; ni nos quiere ni nos puede

ver siquiera; no trabaja, y como se come lo poco que queda nos arruina. La casa se está cayendo á pedazos y es una lástima, porque más adelante habríamos podido encontrar allí un refugio y pasar con muy poco.

—¿Es de verdad lo que me decís?

—No me habléis, porque me pongo furiosa,—respondió Rosa dejándose llevar por un arranque de cólera al pensar que su madre estaba enferma y que apenas podía respirar en su cuchitril de la calle de Mondetour, y comprendo que no debería decir por respeto ni una palabra, pero no puedo por menos, porque hay cosas que llegan al alma.

—Tanquilizáos, querida Rosa.

—¡Callad, por Dios, si aquello es una mala vergüenza! Continuamente está borracho y rodando como una pelota por todos los hoyos y zanjas; se pone en un estado lastimoso; me daba tanto asco y tanta pena, que á veces hubiese querido estar á cien leguas.

—Parece imposible.

—Pues no exagero, sino todo lo contrario.

—Dicen que tenía algunos ahorros, que era rico.

—¡Rico! Sí, tenía para pasar; pero no será su hacienda lo que nos saque de apuros.

—¡A propósito! Estos días pasados vine á dar una vuelta por aquí para veros.

—Ya me lo dijeron.

—Pero no corre ninguna prisa.

—¿De qué se trata?

—De una proposición que puede que os interese.

—Decidme qué es lo que deseáis.

La llegada de un parroquiano, dueño de uno de los mejores restaurants del boulevard, interrumpió la conversación. Encargó cinco cestas de cangrejos que pagó sin mirarlas, pero se inclinó sobre los cabellos de Rosa y los olfateó:

—Esto embalsama el ambiente,—dijo á la señorita Carpiquel,—es una primavera.

—Parece que allá abajo se hace el amor,—chilló la *Pintada*,—sí, es un amor verdadero, hay que confesarlo.

El parroquiano se echó á reír y preguntó:

—¿Y las anguilas?

—Hay muchas y muy buenas.

Contestó Rosa y metió el desnudo brazo en el depósito del agua, y las anguilas enrolláronse á su muñeca como serpientes.

—No vengo al Mercado más que para ver esto,—dijo el fondista,—enviadme media docena de las medianas y los cangrejos, pero procurad que sea pronto.

—Ya tiene Hipólito un viaje,—dijo alegremente Anita yéndose en busca del mozo.

Cogió el parroquiano con la punta de los dedos la muñeca de Rosa y la contempló con mucha atención.

—¡Qué fresco y blanco es!—exclamó.—Parece raro, ¿á donde fuisteis por ese cutis?

—No lo sé, porque no me pidieron mi opinión,—contestó la joven sonriendo, y al haberlo enseñó una dentadura preciosa.

—¡Guardadlo todo bien guardado, hija mía! Adiós, hasta otro rato.

Marchóse el fondista y las dos mujeres quedáronse solas, no habiéndose movido la señorita Carpiquel ni un solo momento de su sitio.

—¿Me dijisteis que teníais que hablarme de un asunto?

—Se trata de vuestro bien, y me figuro que ni por un solo instante dudaréis de que me intereso mucho por vos, hija mía, si, me intereso mucho,—repitió.

—Sois muy buena y amable conmigo, señorita Carpiquel.

Esta bajó mucho la voz como hacen las personas discretas que van á tratar de un asunto grave.

—El antiguo amo de vuestra madre estuvo á verme un día de estos.

—Me lo figuraba,—murmuró Rosa acordándose de su encuentro de la víspera.

—Y tienes algunos proyectos.

—¿Acerca de qué?

—Respecto á vos.

Meneó Rosa la cabeza con aire incrédulo porque esperaba muy poco, ó mejor dicho, nada de proyectos de Meraud.

—Veamos de qué se trata,—respondió.

—No me gusta mezclarme en los negocios de los demás,—dijo la señorita Carpiquel,—ni es tampoco de mi cuerda el hacerlo, me lo pidieron y quiero, además, vuestro bien.

—Ya lo sé.

—Dice Meraud que ganáis muy poco, y que á seguir así, muy pronto tendréis que dejar el comercio.

—¿Y qué más?

—Quisiera que os asociaseis con él y entonces en vez de perjudicaros os favoreceríais unos á otros poniéndoos de acuerdo para los precios, con lo cual ganaríais mucho.

—Mi madre no quiere consentirlo.

—¿Y vos?

—A mí me gusta mucho más ser libre.

—No ignoráis que Meraud es riquísimo.

—Veremos, lo pensaré.

—Desempeñé mi comisión, no es culpa mía si no salí bien, pero ahora quisiera deiros reservadamente otra cosa.

Bajó aún más la voz la solterona, siendo indudable que un confesor no habría hablado con más reserva.

—Si es verdad,—dijo,—que vuestra bolsa está exhausta, no os apuréis por eso... ni es necesario tampoco que hagáis cosas que os desagraden. No soy una capitalista, más poseo algunos ahorros que pongo desde luego á vuestra disposición, ¿comprendéis lo que os quiero decir?

Esta salida de la señorita Carpiquel comprendió y conmovió á Rosa.

—¡Oh! ¡Señorita Carpiquel!

—Os repito una y cien veces que os aprecio muchísimo, y que antes que dirigiros á otra persona cualquiera, contéis conmigo.

—Así lo haré, señorita Carpiquel, creed que os agradezco infinito vuestro ofrecimiento, ¿no lleváis hoy nada?

—No, adiós.

—Buenos días, señorita Carpiquel.

Alejóse ésta del mismo modo que había ido hasta allí; pero siguiendo otra dirección y saliendo del pabellón destinado á pescadería, y entró en el de las verduras y frutas.

Entre las vendedoras había una muy gruesa; casi tan cuadrada como alta, que llevaba en la cabeza la marmota de seda gris muy limpia y decente, lo mismo que su traje negro y delantal azul con grandes bolsillos.

Entreteníase ésta en contar dinero sobre un tablero ya desocupado, y al ver á la solterona llamóla con voz de bajo.

—¡Señorita Florencia!

—¿Qué queréis, señora Raguanel?

—¿Es verdad lo que dijeron de que vuestra vecina estaba enferma?

—¿La señora Godin?

—Sí, Teresa, ¿qué es lo que necesita para ponerse buena? Pues aire muy puro y mucha tranquilidad.

—Creo lo mismo, señora Raguanel.

—Mi hijo fue quien me habló del asunto, y si Teresa quiere ir á Argenteuil á pasar quince días la recibiré con mucho gusto en mi casa. Allí no hay muchos regalos, pero sí la puedo ofrecer buenos caldos y abundante comida, prometiendo, además, cuidarla con esmero. Confío en que le ha de sentar bien una temporada en el campo.

—¿Qué buena mujer sois, señora Raguanel!

—No soy yo sola en el mundo, mirad á mi alrededor y veréis algunas; es preciso ayudarse unos á otros. Hacedme el favor de ir á decirselo de mi parte, yo no tengo tiempo.

—¿Y su hija? ¿Cómo la va á dejar sola?

—¿No es bastante crecida para que sepa lo que la conviene?

—Sí.

—¡Y es muy honrada!

—Tanto que no tendría ningún reparo en poner por ella las manos en el fuego.

—De eso podéis estar muy enterada, puesto que sois su vecina; encargaros de la comisión, y estoy segura de que mi hijo se pondrá muy contento. Las conoció en casa de su tía, la hermana de mi difunto, en Nanterre. La madre Teresa es una buena mujer á la que yo aprecio mucho, porque en tiempos demostró tener mucho ánimo y valor.

—¡Valor!—exclamó arrastrada por la curiosidad la señorita Carpiquel que era muy aficionada á enterarse de historias ajenas.

Hacia un minuto que se había acercado á la hortelana quedándose parado detrás de las dos mujeres, un caballero vestido con mucha elegancia.

Dejó la cartera llena de papeles encima del montón de verduras de una vendedora conocida, y tapó los ojos á la señora Raguanel al mismo tiempo que la daba dos ruidosos besos en las coloradas mejillas. El rostro de la buena mujer adquirió de pronto una expresión de extraordinaria placidez.

—Déjame en paz y estate quieto, porque pareces un chico,—dijo.—Sí, es una tontería si se quiere, pero la verdad es que no hay nada en el mundo como las caricias de los hijos, ¿nos estabas escuchando?

—Sí, te doy las gracias, y ahora mismo voy á desempeñar ese encargo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿A quién se lo vas á decir? ¿A la madre ó á la hija.

—A la hija, lo mismo da.

—No os apuréis, señora Ragueneil, yo se lo diré á la madre,—dijo la solterona.—Adiós hasta la vista.

—Decidla que en mi casa estará á gusto.

El pasante de Notario estaba radiante de satisfacción. Miróle su madre durante un momento, y su rostro franco y abierto reveló durante un segundo gran contrariedad.

—¿En que estás pensando?—la preguntó Pedro.

—En que quizás hice muy mal dejándome llevar de mi primer impulso. No quería hacer caso hasta que vino Ladurin y me dijo que esa pobre mujer va de mal en peor. Espero que no cometerás ninguna imprudencia.

—¿Cometer una imprudencia?—replicó Pedro fingiendo sorpresa.

—Sí, observo que miras con mucha frecuencia hacia aquel lado.

—¿A cuál?

—Al que ocupa la rubia.

—Es una amiga.

—No te diré que no; la amistad no está prohibida, pero no vayas más allá.

—¿Más allá?

—No pongas esa cara ni te hagas el asombrado; demasiado comprendes lo que quiero

decirte. Tus padres han sido personas honradas, y esa niña, no se lo echo en cara, porque la pobre no tiene la culpa, no sabe quién es su padre. Esto es una mancha. Creo haberte dicho bastante, y francamente, me darías un disgusto muy grande si tuvieses algún proyecto por esa parte.

El tono que empleó no admitía réplica, y Pedro acostumbraba á respetar su voluntad.

—No hemos hablado nunca de nada... puedes tranquilizarte.

—¡Ojalá sea verdad! Esa pobre muchacha me interesa mucho, la quiero,—añadió la buena mujer,—porque veo cómo trabaja con fe y lo honrada que es, y es preciso ayudarla, animarla, tener buen corazón para ella y para su madre; pero fuera de eso no quiero más historias, ya me oyes.

Besó otra vez á su madre, pero ésta con un poco más de frialdad.

Alejóse, y antes de acercarse al puesto de Rosa, de la rubia, como la llamaba la señora Ragueneil, dió un rodeo por los puestos de los polleros, y al pasar por delante de Clara la *Pintada*, ésta le interpelló con voz tan chillona, como el graznido del ave cuyo nombre la habían dado.

—¡Eh! ¿Queréis algo? ¡Eh! ¡Ese de la cartera, el que está enamorado!

—No quiero nada. ¡Idos al demonio!

Al oír esto estalló la *Pintada*.

—¡Milord está incomodado! ¡Que le sirvan pronto una taza de tila!

La madre Brejot intervino á la sazón.

—Tienes unas cosas de á céntimo, mujer,—la dijo,—y como sigas así te respondo de que cuando menos lo pienses, te vas á encontrar con un par de bofetadas á cuenta, y me parece que otras las merecen menos.

Acercóse Pedro al puesto de Rosa, y como no le fue posible dominar su turbación, limitóse á transmitir la oferta de su madre.

—Confío en que aceptaréis nuestra oferta, que es hija de la amistad que os profesamos.

Bajó la voz y apresuróse á añadir:

—El domingo iréis á vernos y entonces podremos hablar, lo que hoy no puedo hacer, porque tengo mucha prisa.

Miróle Rosa y observó que estaba conmovido, teniendo, además, los ojos empañados por las lágrimas prontas á escaparse de ellos.

—Sí,—contestó,—os prometo que iré, señor Pedro.

No se atrevió éste á darle la mano, saludándola con un amistoso movimiento de cabeza y se alejó apresuradamente como si estuviese abrumado por los negocios.

XVIII

Al retirarse Jorge de Kerhoët á su cuarto después de separarse de su padre, hallábase en una situación de ánimo fácil de comprender, pues el misterio cuya existencia había

sospechado, habíase desvanecido á sus ojos.

Á la manera que una estatua cae de su pedestal y rueda al abismo, caía en él la mujer á la que trataba con profundo respeto, amaba con entrañable cariño, y de la que estaba orgulloso, como se puede estar á los veinticinco años, de una madre digna de todas las consideraciones que llega á ser el ídolo de la juventud. En su caída arrastraba ese ídolo la fe y entusiasmo de Jorge por el bien, ¿de quién fiarse en adelante, puesto que ni siquiera le estaba permitido creer en la virtud de su madre?

Encerrado en su habitación paseóse presa de nerviosa agitación, moviéndose precipitadamente unas veces para contemplar con dura mirada el retrato de la Condesa, cuadro admirable que representaba á ésta en todo el esplendor de su belleza peregrina.

Valentina había cambiado muy poco y conservaba su rostro ovalado, sus encantadores contornos, rojos labios, frente despejada y cejas arqueadas como las de una diosa. Miró con ira ese rostro admirable, y por un momento experimentó grandes deseos de rasgar el lienzo; empero al poco rato sobrevino la reacción y retrocedió ante semejante sacrilegio, arrojando sobre la mesa el cuchillo, un precioso puñalito japonés que cogiera de encima de la chimenea.

Después de pasar una noche de insomnio, levantóse muy temprano, salió de Morville haciendo el menor ruido posible para no llamar la atención, y á pie se dirigió hacia